

FRANCISCO HERNÁNDEZ

Selección y nota introductoria de
ALBERTO PAREDES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2013

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, <i>ALBERTO PAREDES</i>	3
NOTA BIBLIOGRÁFICA DEL AUTOR	5
GRITAR ES COSA DE MUDOS	6
<i>EN LAS PUPILAS DEL QUE REGRESA</i>	
FRAGMENTOS DE HIELO AL SOL	8
PÁGINA EN TU NOMBRE	8
PALABRAS POR DOS HOMBRES	8
DOCE VERSOS A LA SOMBRA DE MI PADRE	9
LA ROPA DE LOS MUERTOS	9
PARA SOBRELLEVAR EL DESCONSUELO	9
MIRADA DE JEREZ	10
BAJO CERO	11
DE CÓMO ROBERT SCHUMANN FUE VENCIDO POR LOS DEMONIOS	11
I (HOY CONVERSA...)	11
VII (EN LA PRIMAVERA...)	12
XXVI (LA CANCIÓN...)	13
EN LAS PUPILAS DEL QUE REGRESA	14
I (LA LLEGADA)	14
IV (LA CASA)	15
VI (EL CEMENTERIO)	16
<i>HABLA SCARDANELLI</i>	19
CÓMO CANTARTE, DIÓTIMA, SIN VINO	19
1. CÓMO CANTARTE...	19
2. CÓMO NOMBRARTE...	19
3. NI GOTA DE LICOR...	20

NOTA INTRODUCTORIA

En Francisco Hernández (1946) la poesía es un acto de la soledad y la sobrevivencia; un caminar el filo de la navaja sin caer en lo lacrimoso ni en el hermetismo envarado. Algo no quiere suicidarse del todo en esta breve obra tensa y desgarrada, una voz de vida emerge de ella *porque* el panorama es yermo y se asiste a una devastación de las fuerzas vitales. La poesía es germinación imprevista que interrumpe el vacío de todo lo que sucumbe y no podemos retener; es un golpe de ser en las manos de la nada. *El suicida es la viva imagen de la soledad. Nadie acude a ese trozo de hielo que una bala cruza de polo a polo.*

—¿Por qué tenía que estar yo en el centro de la tormenta?, se pregunta el Robert Schumann de Francisco Hernández. Para que todo lo que huye no nos arrastre en su erosión, poesía de Francisco Hernández. Para que miremos de frente *la casa donde el olvido ha cavado su tumba* y sigamos vivos, poesía de Francisco Hernández; para que soportemos el mundo del ocaso y nos preguntemos *¿qué se hace con la ropa de los muertos?*, poesía de Francisco Hernández; para que leamos a Eliseo Diego y visitamos a Juan Vicente Melo —dos hijos de la noche americana—, poesía de Francisco Hernández.

Si todo verdadero poeta encarna en su corazón y sus palabras un testimonio particular, una orientación irrepetible del ser que canta, es oportuno decir los dioses tutelares de Hernández. Nadie vea contradicción en crear una tríada con los nombres de Hölderlin, Rubén Darío y José Lezama Lima. La radical tensión holderliniana que sostiene un mundo imposible pero necesario, ausente y visible, da el tono hímico y elegíaco, a la vez, que Hernández ha tenido que acatar para no enmudecer. Ahí entronca, por vía laberíntica pero indudable, la fe en la sobrenaturaleza lezamiana: lo invisible existe y nos sostiene.

Por su lado, nadie encontrará en Hernández el espectáculo sonoro con que Rubén Darío asombra a

poetas y lectores; pero él sabe que es imposible perfeccionar un verso en nuestro idioma sin seguir la disciplina rubeniana: la palabra poética –en el castellano del siglo XX– es, por sí misma, un canto de vida y esperanza, la canción profana donde la experiencia humana se erige frente a la hecatombe secular; es un cuerpo de amor logrado por el goteo preciso del verbo ritmado. Hölderlin, Darío y Lezama confluyen en la obra en marcha de Hernández. Para que el desprecio de la aurora sea el sueño del silencio en las profundidades del ser que se vacía, y produzca un himno gigante y extraño, Hernández ha creado su tríada tutelar.

Esta obra está en ascenso. Cuando en 1988 tuvo la feliz ambición de proponerse narrar el enloquecimiento de Robert Schumann logró la primera cima de su trayecto y permitió a los lectores empezar a entender de qué aventura se trata. Ese poema ya es parte del acervo perdurable y prefigura la atención que Hernández da al poema extenso de corte narrativo. En línea directa entronca la experiencia –interior, selvática– de volver “En las pupilas del que regresa” al solio materno y paterno. Y lo que por ahora se propone esta obra: los poemas perdidos que Hölderlin hiciera después de enloquecer, imaginarlos, escribirlos...

Cada uno de los tres textos recién mencionados son hasta ahora las palabras mayores de Hernández; se estructuran como poemas-viaje; afrontan la locura, el silencio y la oscuridad. Las palabras de Hernández siguen camino de su noche, van adquiriendo su tono en la cuerda tensa de unos versos aparentemente no eufónicos pero tampoco coloquiales; la sonoridad apagada, reconcentrada, solitaria que acaricia el tono del delirio.

ALBERTO PAREDES

NOTA BIBLIOGRÁFICA DEL AUTOR

A sus 44 años de edad,¹ la poesía de Francisco Hernández está en marcha, asciende por la decantación que ya empieza a ser estilo. Por ende, la presente muestra es una *interrupción* a la mitad de su trabajo; esta antología es el acto de distraerlo en un momento cualquiera y preguntarle *¿en qué poema estás ahora?* Consecuentemente he elegido un riesgo que espero fértil: sólo tomar textos de su último libro, en parte publicado y en parte inédito, pero ya concluido por Hernández. El libro se llamará *En las pupilas del que regresa*,² e incluirá, como una de sus tres secciones, su largo poema dedicado a Robert Schumann.

Al inicio de la selección aparece el poema “Gritar es cosa de mudos”, verdadera *ars poetica* escrita ya en 1974. Y al final una primicia: un poema del ambicioso libro que sobre Hölderlin –el Hölderlin que ya se ha refugiado en su alta torre del aislamiento definitivo y que ha trocado su nombre por Scardanelli– escribe ahora Hernández con una beca del CONACULTA. Agradezco a Guillermo Fernández y al propio poeta sus conversaciones para conformar *el tono del delirio* de este poeta mexicano, cuya relación bibliográfica se resume, entonces, así:³

Cuerpo disperso. UNAM, 1982.

Mar de fondo. (Premio Nacional de Poesía 1982). Joaquín Mortiz, 1983.

De cómo Robert Schumann fue vencido por los demonios. Ediciones del Equilibrista, 1988.

En las pupilas del que regresa. Secciones: “Fragmentos de hielo al sol”; “De cómo Robert Schumann...”; “En las pupilas del que regresa”, UNAM (Col. El ala del tigre), 1991.

Habla Scardanelli. Ediciones El Equilibrista, 1993.⁴

¹ La primera edición de este Material de Lectura data de 1991. (*N. del E.*)

² Publicado en 1991. (*N. del E.*)

³ Otras obras publicadas de Francisco Hernández son *Coplas de Barlovento*, 1993; *Una roja invasión de hormigas blancas*, 1994; *Poesía reunida*, 1996; *Antojo de trampa*, 1999; *Soledad al cubo*, 2001; *Imán para fantasmas*, 2004; *Mi vida con la perra*, 2007; y *La isla de las breves ausencias*, 2009, entre muchos más. (*N. del E.*)

⁴ Publicado en 1993. Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer para Obra Publicada de ese mismo año. (*N. del E.*)

GRITAR ES COSA DE MUDOS

Carajo, esto es el acabose.

Aunque ignoro si sea el momento exacto –uno nunca sabe cuándo cerrar la boca o cuándo unas palabras graves nacerán en la frente– pero a dar curso vengo a todo lo que se está ahogando dentro y fuera de mí:

las escamas infantiles,

el sabor de miseria,

la impasible visión de los espejos.

Bajo el viento abro el tercer postigo.

Veo cómo las hojas se espuman y se esfuman;

veo caballos del alba pasar a tumbos sobre el lomo del río;

niños sin frazadas; árboles huecos que cayeron del cielo;

gritos hundidos dentro de sí mismos: los veo ser descubiertos

por luciérnagas y alertados por un perro de aguas

que conoce años ha la suerte de los naufragos.

¿Y?

Ahora yo, oteando tu cadáver a última hora

vestido con ropa limpia, oigo el triste silbato

que me obliga a bajar apresuradamente de la cubierta

para oler el aceite que te untaron en las orejas.

En tu garganta hay címbalos,

peces que no conocían la superficie del mar.

Y ahora yo el desterrado lluevo sobre los cirios,

doy vueltas y vueltas a tu cuerpo sin sangre

y me detengo.

Como si entrara a una librería desconocida

hojeo tus párpados en busca de la última palabra

cuyo significado te dolía.

¿Quién se cortó la lengua ante el espejo?

¿Quién no desea comprar una sombrilla

si ya han anunciado la tormenta de mierda?

Sin responder a los crespones

que la nostalgia anuda a mis zapatos

y que cada mañana que se pudre veo,

voy al encuentro del viejo español que hace estallar

el iris de las niñas cuando tose o habla.

Mis huesos, sin otra cosa que calor,

se van agazapando en las esquinas.

Mis cabellos cuelgan de la levadura

de los árboles, mis duelos se nutren en el plato

del vagabundo y llego ante él sin vísceras.

Con el pellejo temblando como gelatina

*me empotra en la pared: lo escucho.
Sólo su nombre retuerce mi ocio y me reanima.
Pero yo, siempre yo por debajo de todo,
sigo pensando que gritar es cosa de mudos
y que escuchar es intercambiar ecos
con barcos fantasmas o con muertos
que han perdido la esperanza de vengarse.*

EN LAS PUPILAS DEL QUE REGRESA

FRAGMENTOS DE HIELO AL SOL

Página en tu nombre

Tu nombre se puede morder como manzana.
Huele a mango de Manila y a naranja china.
Me deja la lengua morada al igual que el
[chagalapoli
y la escobilla.
Lo trituro y respiro yerbabuena.
Al separarlo estalla una granada.
Crece a la altura de la flor de caña, es la enredadera
que sube por la cerca o se extiende a ras de patio,
perseguidor de coralillos, sandías y verdolagas.
Si lo agito, escucho el agua que lo llena.
Si se lo doy al loco de la casa, volará a la punta
del cerro y lo hará flauta.
Para librarme de la oscuridad lo conservo en un
[frasco.
Con la luz que despide se ilumina esta página.

Palabras por dos hombres

Dos hombres caminan por la playa
una tarde cualquiera de un invierno cualquiera.
Recorren largos trechos en silencio.
De vez en cuando, alrededor de un gesto,
aparece el hilo de su conversación.
Los dos visten de gris, a tono con el mar
[desabrigado.
El de la izquierda es más alto.
El de la derecha deja huellas más hondas.
Cerca de la escollera se detienen.
El hombre de la derecha, con una rama,
dibuja en la arena media botella de vino,
queso, rebanadas de pan y la palabra “voces”.
El de la izquierda es Roberto Juarroz.

El de la derecha existe sólo
en la imaginación de Roberto Juarroz.

Doce versos a la sombra de mi padre

Qué abrazo tan oscuro era tu abrazo.
Siendo rayo, olvidabas la luz.
Y ensombrecías la ceiba.
De un solo machetazo la incendiabas.
Las hembras, al oír tu respiración,
recordaban la sangre y salían disparadas.
El mar rompía la esponja de tu pecho.
Era silencio el monte si cantabas.
Los jaguares corrían bajo la luna
al descubrir tus manos en sus garras.
Así te sabe mi pulso de memoria.
Así te busco detrás de la mirada.

La ropa de los muertos

¿Qué se hace con la ropa de los muertos?
¿Se rasga para no recordar la corpulencia
que animaba sus tonos?
¿Se usa para borrar los ojos
que se desprecian en la aurora?
¿Se tira a la basura como un mapa
que no sirvió para encontrar tesoros?
¿Se llena de aserrín para espantar
el hambre de los pájaros?
¿Qué se hace con la ropa de los muertos?

Para sobrellevar el desconsuelo

El sol sale cuando mi madre despierta y los
pájaros terminan de soñar cuando dice tres
avemarías y una oración que sirve para
sobrellevar el desconsuelo.
Baja del catre cubierta por un camisón de popelina

y se dirige al pozo que está en lo profundo del patio.
Recoge su larga cabellera negra, la sujeta con una
cinta, se sumerge hasta el cuello en la frescura y
canta siempre la misma canción.
Después del baño se hace una corona de jazmines,
[fríe
plátanos para el desayuno, sacude el esqueleto de mi
padre, dibuja las ramas del chicozapote, pega
[botones
y sube al tejado para evitar que el norte desprenda
[las
floraciones de los mangos.
Cansada de estos trajines se acuesta en la hamaca,
[deja
resbalar su cabellera por la espalda y se hace de
[noche.

Mirada de Jerez

para Vicente Quirarte

Ramón López Velarde se levanta al amanecer.
El cuarto del hotel es reducido, maloliente y azul.
Se afeita, con pulida hoja libre, ante un espejo que
[por
instantes le devuelve su mirada de Jerez en el agua
[del pozo.
El calor aumenta. Con parsimonia se pone el traje
[negro.
No entrega la llave ni se despide de la encargada,
una muchacha que se abanica el rostro con la falda.
Se aleja por calles pedregosas, viendo siempre a las
[sombras
que le sugieren niños erizados en las bardas, selvas en
[la
espesura de las buganvillas, palmeras con racimos
[minerales.
Sigue sin levantar la frente. Niega lo que pasa en el
[cielo.
Oye sus pasos retumbar en las piedras, advierte
que las piedras se hacen polvo y que el polvo

se transforma en arena blanca.
Un olor a brea invade sus pulmones.
Los síntomas de asfixia huyen como cangrejos.
El golpe de las olas le llega a la cintura.
Alza por fin los ojos.
El golpe de las olas le moja la corbata.
Vive otra vez la angustia que sintiera en la pila
[bautismal.

Bajo cero

En los pensamientos del suicida hay un vacío
que sólo se llena con temperaturas bajo cero.
Los pensamientos del suicida no son rápidos
ni brumosos: únicamente son fríos.

La mente no está en blanco: está congelada.
Aparece, con filo de navaja, una sensación de
tranquilidad que se presiente interminable.

Con el cerebro convertido en iceberg nada se
recuerda. Ni la piel más querida, ni el nombre
de los hijos, ni los abrasamientos de la
poesía.

El suicida es la viva imagen de la soledad.
Nadie acude a ese trozo de hielo que una bala
cruza de polo a polo.

Aun en los trópicos, cuando alguien se suicida,
comienza tristemente a nevar.

DE CÓMO ROBERT SCHUMANN
FUE VENCIDO POR LOS DEMONIOS

I

Hoy converso contigo, Robert Schumann,

te cuento de tu sombra en la pared rugosa
y hago que mis hijos te oigan en sus sueños
como quien escucha pasar un trineo
tirado por caballos enfermos.
Estoy harto de todo, Robert Schumann,
de esta urbe pesarosa de torrentes plomizos,
de este bello país de pordioseros y ladrones
donde el amor es mierda de perros policías
y la piedad un tiro en parietal de niño.
Pero tu música, que se desprende
de los socavones de la demencia,
impulsa por mis venas sus alcoholes benéficos
y lleva hasta mis ligamentos y mis huesos
la quietud de los puertos cuando el ciclón se acerca,
la faz del otro que en mí se desespera
y el poderoso canto de un guerrero vencido.

VII

En la primavera conociste a la niña Clara.
Ella jugaba dentro de una jaula
con los címbalos y el armonio
que la escoltaban desde su nacimiento.
De los címbalos partía la ráfaga
que corta los glaciares.
Del armonio brotaba El Intervalo del Diablo,
que al transformarse en burbuja
iba de las guirnaldas de yeso
a los enigmas de raso
y de las margaritas enrojecidas
al temblor de tus años.
Desde ese instante se azufraron las fuentes
y tu risa tuvo la forma
de los labios de la niña Clara,
del corazón maduro de la niña Clara,
de la gracia enjaulada de la niña Clara.

XXVI

La canción de la noche te sorprendió callado.
El mundo puso a tus pies su música incansable.
Frenético, con el semblante descompuesto por la
fiebre, comenzaste
a transcribir el *adagio* de astros que se deshacían en
la otra pieza,
el *scherzo* de un árbol contra otro, el *prestissimo* de
tu
respiración condenada.
Ángeles curvos llevaron tu vigilia hasta laberintos de
pausas
y graznidos, lejos de la clemencia y los lineamientos
de la razón.
Un águila cruzó los Alpes y llegó a posarse sobre tu
hombro.
Dos arcoíris se proyectaron en el espejo.
Una catarata brotó de una sortija y con estas visiones
construiste
los arabescos que muchos fariseos tardarán siglos en
descifrar.
Pero también hicieron su entrada los demonios.
Sus oratorios te llenaron el pulso de basiliscos
y los bolsillos de táleros, relojes y papel pautado.
Te ordenaron huir y saliste con el pecho desnudo a la
tormenta.
Sin saber cómo llegaste a la mitad de un puente y las
voces que roían tu cerebro hicieron posible la caída.
En el fondo del río escuchaste por última vez la
música
de tu alma y del sumidero de los ahogados se desató
el olor de la inocencia.
Una red te hizo salir a la superficie.
Un pescador te subió a su barca.
Las voces de ángeles y demonios habían cesado.
Sólo se oyó la tuya que clamaba:
—¡Debo obedecer a los dueños del silencio!
¡No soy digno del amor de Clara!
Al regresar, ya te esperaban en tu casa los
enfermeros.

La niña Clara, encinta nuevamente y dichosa por tu regreso, te aguardaba en la puerta con una naranja y un ramo de violetas.

EN LAS PUPILAS DEL QUE REGRESA

I. (*La llegada*)

Llegué al pueblo temprano, en esos momentos de leve escalofrío que nos sorprenden con los dedos hundidos en la tinaja del agua serenada. La frescura comenzó a despertarme. Recordé que nadie me había visto, ningún perro me enseñó los colmillos.

El sol abrió los párpados. En ellos se internaron espirales de humo que venían del basurero en llamas. Para llegar al río tenía que cruzar la barranca donde se incineraban desperdicios.

Caminé, a paso de ciego, con la mayor intensidad que pude. Los zopilotes que temí de niño eludían quemaduras saltando de un lado a otro: cómicos saltimbanquis de circo en la desgracia.

Crucé los montículos encendidos y con el humo denso picoteando el cabello y las pupilas, salí al camino trazado por las recuas. La maleza se abrió para dejarme pasar con la voluntad adormecida.

Nombres despreciados por botánicos pero repetidos en los socavones de las brujas, sonaban despeñándose dentro de mi cabeza: *manto de la Virgen, flor de culebra, palo de piedra, ojo de anteburro, hierba del susto, mano de sapo, chorro de sangre, peine de mico, lengua de garrobo, velo de novia, veneno del Diablo.*

Ya con el sol más alto, la brecha se abría hacia otros linderos y los setecientos o siete mil tonos de verde

recortaban el vuelo de las garzas que, por completo ajenas a mis reclamos, fundaban en el aire su procesión de dagas fragmentadas.

La remembranza de viajes anteriores apareció en algún lugar de mi cuerpo. Me temblaban las piernas, que se iban por su cuenta en busca de otras posibilidades óseas. Mis manos mostraban la novedad de sus arrugas. Mi rostro fue una poza y enjambres de dípteros lo utilizaron como hervidero. Papalote sin hilo, voló mi piel a su aire. Ya nadie, nunca, podría verme. Lo que restaba de aquel cuerpo tenía consistencia de papel quemado. Pero yo sentía todo y lo miraba todo: la nervadura de las hojas, el desamparo de los tulipanes, la comunicación de las arrieras, el pánico del zanate.

Al entrar en el río, las piedras se ablandaron para estrecharme y hubo frutos que cayeron para probar mi ausencia. De la garganta de los pájaros salían los crujidos del puente. La espuma me cubrió con su sed de nevar a los vivos y en la ribera surgieron cercas de palo mulato para que mi respiración, que pesaba igual que un yelmo, encontrara reposo bajo la fronda y asideros que le impidieran rodar hasta los remolinos de la compuerta.

Una oleada de peces luminosos se transformó en cardumen de vidrios rotos. Río abajo se bañaba la voz de una muchacha. Frente a la cascada, detrás de los bejucos, nadaban tres nativos sabiéndose inmortales y violentos, libres como una casa donde nadie respira.

Con una piedra al cuello vi pasar mi infancia.

IV (La casa)

Esta es la casa donde nadie respira, este el recinto donde el olor de las azucenas impregna mecedoras y pabellones, corbatas fungosas colgadas en anzuelos,

escudos de linajes antiguos donde los gallos de pelea y la miel de caña hacían las veces de avanzada de mercenarios y pantanos fronterizos.

Ésta es la casa donde la humedad cala huesos y agudiza el reumatismo de los fantasmas, que a mediodía salen de los librerías para fundirse a los retratos y ver la vida otra vez con el respaldo de una cara.

Esta es la casa donde las voces tienen cuerpo, donde se oye el susurrar de loas en labios de mujeres que alguna vez fueron de piedra y sollozaron bajo un guayabo en brazos de un amante de piedra.

Esta es la casa donde sólo las lágrimas tienen sombra, donde el sabor a yeso de los remordimientos desajusta postigos y remienda la lona de los catres plegados por el abandono.

Esta es la casa donde el olvido ha cavado su tumba, donde nadie se besa ni se injuria, donde la música no entra porque no hay muslos que se abran para recibirla ni extremadas rendijas por donde pueda penetrar el viento.

Esta es la casa que los ciegos evitan porque en ella se pulen urnas cinerarias, se escuchan disparos de escopeta, gritos desaforados y una revoltura de animales de monte que se azota contra las paredes presintiendo el regreso de los cazadores.

Esta es la casa y tengo que tocar a la puerta.

VI (El cementerio)

A medianoche me acerqué al cementerio. Un perro me mostró los colmillos y el último borracho en retirada se persignó al mirarme y desapareció.

De esta manera se presentaron las señales y un cuerpo semejante a mi cuerpo perdido se hizo cargo de la sombra que yo era.

Sentí en las piernas extraña fortaleza. Mis dedos regresaban de más allá del aire, mi piel bajaba lentamente de las nubes.

Tomé aliento recargado en el muro donde las salamandras beben el jugo de la luna, repetí siete veces el conjuro que se despeñaba dentro de mi cráneo y salté la barda del camposanto.

Con el impulso de la caída destruí macetones colmados de margaritas artificiales y ángeles de mirada imprudente.

En ese momento reventó el huracán. Apenas pude asirme a la pala que me sirvió de ancla.

Así es el norte cuando llega sin avisar. Destruye arboladuras o carretas y se cuela entre las dunas de las cobijas hasta poblar los sueños de anguilas congeladas.

Las ráfagas sacan filo a la pala, cambian el rumbo de los ladridos, me llevan a la tumba del muerto que me espera. En cripta de mármol insular orquestan lechuzas y murciélagos.

El panteón huele a tigre, a cera, a óxido de linternas sordas.

Contra el soplo salvaje luchan las vetas del dagame, las rugosidades de la pomarroza.

Zumban cables de luz en lontananza. De un terraplén a otro giran fuegos fatuos. Los terrones aún frescos y la cruz con el nombre atajan las insistencias de la búsqueda. Me detengo. El vendaval prende mis brazos, los torna poderosos y al ritmo que las rachas

imponen, clavo la pala una y otra vez en busca del centro de la tierra. Cavo, cavo, cavo hasta llegar a la dureza del sarcófago sin aliento, sin llanto, sin gotas de sudor. Aparto lajas y gusanos. Saco los clavos retorcidos. Levanto la tapa y su gris perla.

Una hora después, con las dos manos, proyecto al cielo la hermosa calavera de mechones fosfóricos. El viento cesa. Los gallos comienzan a cantar.

HABLA SCARDANELLI

CÓMO CANTARTE, DIÓTIMA, SIN VINO

1

Cómo cantarte, Diótima, sin vino
y con el piano mudo que a señas me congela.
Cómo describir, en su cadencia, tus lentas ceremonias
si no puedo beberte de mi vaso,
si no te me atragantas rumorosa,
si la botella rota no conserva tu ardor
ni los reflejos.
No hay alcohol, amantísima griega de voz noble,
que se compare a tus claras humedades:
las de tus ojos grandes y en destierro,
las de tus frescas lágrimas fingidas,
las de tu vientre ajeno que humea bajo la lluvia.
Cómo cantarte con la garganta seca,
cómo vivir si no puedo beberte devorándote,
cómo sorber tus músculos tirantes
de alta mujer bandera entre los hombres
si ya no estás emparedada en vidrio,
si resulta imposible licuar el polvo de tus huesos.
Brilla perfecto el sol de los nocturnos.
El veneno en silencio merodea.
La quietud con sus fauces me rodea.

2

Cómo nombrarte, Diótima, sin vino en la mar alta.
Se resecan los vocablos fantasmas,
se agrieta la faringe bajo esta
sobriedad de hachazos,
no soportan tus lóbulos carnosos
mis huecas oraciones que vienen del fermento.
Qué soledad más triste la del sobrio.
De la luz amarilla se desprende un tropel
de gnomos enyesados.

Abro la boca en espera del grito
y las encías supuran,
a partir de colmillos que hormigean,
una dulce canción por la embriaguez perdida.
Cómo nombrarte, Diótima, si no soy el ahogado
que revienta en el centro de tu calma.

3

Ni gota de licor y yo te extraño.
Una garra de hielo me controla la sed de la manzana.
Imposible trovar, urdir lamentaciones
si el hígado no flota en un vaso de alcohol
[iluminado.

Yo soy el pararrayos de esta torre
y soy la llave y la puerta del infierno.
El río es un árbol donde las piedras cuelgan sus
[espumas.

Los ronquidos de Zimmer son una llaga púrpura
que enmarca la falta de profundidad en los retratos.
Tu sueño está despierto bajo tierra.
Cuerdas electrizadas ondulan el estanque.

Bebo mi sangre porque el agua mata.
Mi erección es la envidia del buitre en la veleta.
Así de triste y sobrio, lejos de la inconsciencia,
navega tu deudor llamado Scardanelli.

Francisco Hernández, Material de Lectura,
Serie Poesía Moderna, núm. 168, de la
Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.
Cuidado de la edición: Alberto Paredes y Laura González Durán.
Dibujo de portada: Fénido Castillo.